

GUÍA VISUAL
DE LA ARQUITECTURA
EN LA EDAD MEDIA II

Románico

GUÍA VISUAL DE LA ARQUITECTURA EN LA EDAD MEDIA II

Románico

Coordinación, textos e infografías: Lorenzo de la Plaza Escudero

Textos: Javier Lizasoain Hernández

Dibujos: José María Martínez Murillo

1.ª edición, 2025

Dibujos de cubierta: José María Martínez Murillo
Infografías de cubierta: Lorenzo de la Plaza Escudero

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Lorenzo de la Plaza Escudero, Javier Lizasoain Hernández
y José María Martínez Murillo, 2025

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Depósito legal: M. 24.925-2024

I.S.B.N.: 978-84-376-4880-4

Printed in Spain

*A Raúl García Bravo por su apoyo, dedicación
y gusto por el trabajo bien hecho*

Introducción

El principal interés de esta obra es conseguir la inmersión de los lectores en un mundo arquitectónico plagado de múltiples e interesantes detalles que componen su realidad constructiva. Este universo es el resultante de una civilización, de una manera de ser y de sentir la vida.

Esperamos también que los lectores de esta obra se vean estimulados para percibir y conocer *in situ* las obras y las realidades aquí tratadas. Tenemos suerte, el románico nos rodea, está al alcance de nuestra mano. Se puede viajar en el tiempo y sumergirse en sus esencias, cualquier iglesia o ermita está ahí, esperándonos.

La arquitectura es algo más que una simple sucesión de formas o estilos, es el producto de elementos culturales, ambientales, y la expresión en sí de un modo de vida que abarca todos los estratos de la sociedad.

La función es un elemento básico en la arquitectura y la construcción. Superado el momento inicial basado en la necesidad de cobijo (la posesión de una casa o construcción que nos proteja de la climatología y del entorno hostil), las posibilidades de formas y elementos nos ofrecen diferentes tipos de *casas*: la de los dioses, la de los muertos, la de los poderosos, etcétera. Es decir, la arquitectura responde a unas necesidades prácticas pero, también es una forma de expresión creativa que se desarrolla de maneras diferenciadas dependiendo del lugar y la época. No tie-

ne como objetivo la simple contemplación, sino que cumple con funciones específicas: crear espacios donde vivir, trabajar, protegerse, viajar, divertirse o para el descanso eterno. La utilidad será algo primordial para los habitantes de cada momento histórico, y el paso del tiempo determinará su consideración en la Historia del arte. Para ello deben concurrir una serie de condiciones: el talento, la sensibilidad de los creadores, la técnica, la manera en que expresa la cultura y cómo las personas perciben el mundo.

En esta obra nos vamos a centrar en un momento muy íntimo de la arquitectura, el románico, en un punto limitado espacial y temporalmente, de una escala aparentemente reducida, delicada, primitiva, incluso infantil, con su trasfondo curioso y atractivo. Hemos perdido los grandes órdenes, las proporciones que hacían a la arquitectura bella y atractiva *per se*, como diría Gombrich, cuando se contempla un templo griego, psicológicamente nos parece bien, la armonía de sus partes genera automáticamente esta sensación. Y si esto es así y todo se ha perdido, ¿por qué nos atrae el románico?

Asociamos este mundo a una serie de tópicos algo encorsetados: es un arte digno, pero lúgubre; basado en formas sencillas; con una cierta tosqueidad en el acabado de sus muros; ventanas pequeñas; oscuridad, oscuridad, oscuridad. Pero el románico tiene muchas caras, y todas convergen en varios rasgos comunes.

El desarrollo de este estilo implica una serie de aspectos que indican su aportación al arte y la vida. Veamos algunas características principales. En primer lugar, destaca el dominio de los espacios y las técnicas, aspecto que, en el románico, está marcado por dos proposiciones fundamentales que incluyen una contradicción en sí mismas: el secretismo de los constructores frente a una mayor difusión de los conocimientos y las limitaciones de las matemáticas junto a la brillantez de la geometría. El segundo aspecto viene determinado por las emociones y los sentimientos. Al margen de cubrir las necesidades básicas, aspecto no poco importante en el medioevo, lo fundamental es el relato que impregna este momento entorno al año 1000. Este número es un imán mágico que acabará impregnándolo todo. La clave está en la Biblia, en el libro del Apocalipsis: «Vi también un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una cadena grande en la mano. Sujetó al dragón, la antigua serpiente, o sea, el Diablo o Satanás, y lo encadenó por mil años; lo arrojó al abismo, echó la llave y puso un sello encima, para que no extravié a las naciones antes de que se cumplan los mil años [...]. Y cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de la prisión» (Ap 20, 1-7). Pues bien, ya han pasado los mil años en la era cristiana y ahora el diablo anda suelto, y el Juicio Final, próximo. Se ha comentado que la sociedad era generalmente analfabeta, sin embargo, estas palabras escritas en la Biblia resonarán en el universo cristiano impulsadas con fuerza por la única institución que tiene el poder cultural en sus manos: la Iglesia. El interés y la implicación es evidente: «Entonces los cielos desaparecerán estrepitosamente, los elementos se disolverán abrasados y la tierra con cuantas obras hay en ella quedará al descubierto. Puesto que todas estas cosas van a disolverse de este modo, ¡qué santa y piadosa debe ser vuestra conducta, mientras esperáis y apresuráis la llegada del Día de Dios!» (2 Pe 3, 10 ss).

Con este apoyo mediático, la casa de Dios cobrará un protagonismo mayor aún si cabe que en los momentos anteriores del cristianismo. Estos y otros hechos determinarán su dominio sobre el espacio, la estructura interna y la composición. La casa, la iglesia, es una construcción que viene determinada por un concepto y por una serie de elementos técnicos, aunque no hay que olvidar que tiene componentes comunes, pese a la distancia espacial o temporal, a los que se unen nuevos paradigmas que van modelando la construcción. Aparecen así sentimientos como la fuerza o la tranquilidad, por unos muros poderosos; el recogimiento en espacios oscuros donde solo se ve el «alma», y el mundo material desaparece, o el sentir a Dios en su esplendor al observar cómo se ilumina el altar al despuntar el día, «Dios está aquí, con nosotros», se ha superado la noche, el mal.

Esto significa que la arquitectura refleja un estado cultural, un relato. Para que un arquitecto sea comprendido se debe conocer el mundo en el que se mueve, las emociones y las percepciones que él desarrollará en los habitantes de su espacio. Lo importante no es lo que sucede a nuestro alrededor, sino cómo miramos lo que ocurre. Existe una interrelación: el uso del arquitecto de los colores, las formas, la decoración, el agua, las estructuras, los caminos, etc., afecta a nuestras sensaciones y emociones. La relación de la cultura y la técnica es mutua. El espacio temporal estudiado se mueve en plena Edad Media, ya hemos pasado los primeros albores. Pocas épocas como la estudiada reflejan la importancia del relato que mueve al mundo y su relación con la arquitectura, es decir, el orden que está tras sus realizaciones, lo que las mueve. En escasas ocasiones será tan claro que, en un mundo cataclísmico, el mantenimiento o el olvido de los saberes técnicos influirá en las realizaciones arquitectónicas; en pocas épocas la fuerza pujante del relato religioso será tan definitiva.

Aunque son muchas las técnicas y aspectos constructivos que sobreviven y se aplican conti-

nuando con la gran tradición clásica que vimos en *La guía visual de la arquitectura en el mundo antiguo*, publicada en esta misma editorial, la zona estudiada es un mundo periférico al crisol cultural de Oriente y Europa del Este. El Occidente europeo, ha sufrido un retroceso técnico respecto al mundo imperial y oriental, procesos muy depurados han desaparecido, con lo que las manifestaciones arquitectónicas abandonan los aspectos monumentales clásicos. Pese a todo, la interconexión se extiende en estos momentos puntuales con las Cruzadas. Los contactos que se habían mantenido en las penínsulas ibérica e italiana se amplían a nuevas zonas occidentales, pese a lo cual la permeabilidad es limitada, el avance matemático del islam aún permanece oculto en estos momentos para el Occidente cristiano.

En general se pueden destacar ciertos cambios técnicos y constructivos, a la vez que continuidades:

a) Uno de los rasgos más característicos de la arquitectura románica es la manera de dar forma al edificio. Este consta de partes separadas y legibles con una forma geométrica simple, cubiertas con su propio techo.

b) La consolidación de elementos básicos como la bóveda de cañón, el arco de medio punto, los pilares, los muros robustos, la girola o deambulatorio, los absidiolos y las torres. Estos elementos ciertamente no son nuevos en la arquitectura occidental, se han visto antes y los volveremos a ver. Ahora en el Románico, lo nuevo es su normalización y combinación. Es tal su presencia que se asocian a este lenguaje formal.

c) Muchos de sus elementos trascienden de la función para la que fueron alzados adquiriendo una fuerte carga simbólica que debe reconocerse para entender que la iglesia es algo más que una casa de Dios: la planta cruciforme remite a Cristo crucificado y el camino de la nave al camino a la salvación; la cúpula muestra la bóveda celestial; las pechinas

del crucero se reservan para los cuatro evangelistas como pilares esenciales de la nueva religión; los pilares y los muros, a los apóstoles, santos y santas, como modelos a imitar por parte del pueblo que deambula por ellos.

d) El impulso de la peregrinación afectará a las dimensiones y estructura de los templos. El peregrino no solo aportara dinero y demanda de infraestructuras, sino que será el medio irradiador de lo que ha visto allá donde vuelva, y traerá y compartirá lo peculiar de la región de donde procede.

e) Durante estos siglos, con mayor o menor acierto y con mayor o menor apego a los modelos referenciales, asistimos a una paulatina adaptación de modelos arquitectónicos ya existentes (basílicas, aulas regias, mausoleos), a las nuevas exigencias litúrgicas o protocolarias, y a la creación de nuevas cuando aquellas se muestran claramente inadecuadas (baptisterio). En todo este proceso se estudian y, en su caso, se modifican técnicas y estructuras con siglos de presencia en este mundo occidental.

En definitiva, se desea que nuestro trabajo sirva para entender mejor el lenguaje de la arquitectura. Por un lado, esperamos que ayude a conocer los elementos básicos: los elementos arquitectónicos que son la *gramática de la arquitectura*. Para ello cada uno de los elementos aparecerá visualizado. Pero, junto al lenguaje visual, será fundamental el conocimiento de lo que hay detrás, su importancia, su conexión con el conjunto, su valor técnico y, principalmente, su componente histórico y humano. Para ello, como en anteriores obras, se ha buceado en una muy extensa bibliografía del pasado y del presente, aspecto posible gracias a las múltiples bibliotecas digitales que están a nuestra disposición a través de universidades e instituciones culturales. Mantenemos una cierta prevención, hay que tener en cuenta que hablamos de una producción humana y, por ello, hemos de tener un cierto cuidado a la hora de hacer afirmaciones excesivamente categóricas; la

casualidad y múltiples variables están siempre presentes. El presupuesto, los accidentes, las contingencias, las imprevisiones o los fallos han influido en las decisiones arquitectónicas. Igualmente, las construcciones no tienen ahora el mismo aspecto que en el momento de su realización. El viajero o el visitante debe realizar, cuando entra en un templo románico, el esfuerzo de imaginarse cómo serían esas paredes que aparecen hoy desnudas o, demasiado vestidas, con los añadidos posteriores; debe, igualmente, imaginarse esas naves, capillas o pasillos sin la luminosidad uniforme que otorga la electricidad, más bien al contrario debe recrear la irregular luz de las velas o la dominante oscuridad; y, finalmente, debe procurar ver lo que tiene delante con la mirada de un hombre y de una mujer de este periodo.

La estructura de la obra mantiene una organización interna idéntica a los libros anteriores:

1. Marco espaciotemporal. En él se delimita el momento histórico estudiado, en el espacio y el tiempo. Se incluyen mapas y ejes cronológicos que nos ayudan a enmarcar la civilización estudiada. Destacamos, brevemente, su evolución, para centrarnos en sus principales implicaciones en la arquitectura del momento. Mantenemos nuestra tesis de obras anteriores: el concepto de estilo queda, actualmente, demasiado encorsetado para una realidad tan fluida. Es por ello que más que hablar de estilos artísticos hablamos de marcos espaciotemporales con características similares y muchas, muchas sin-

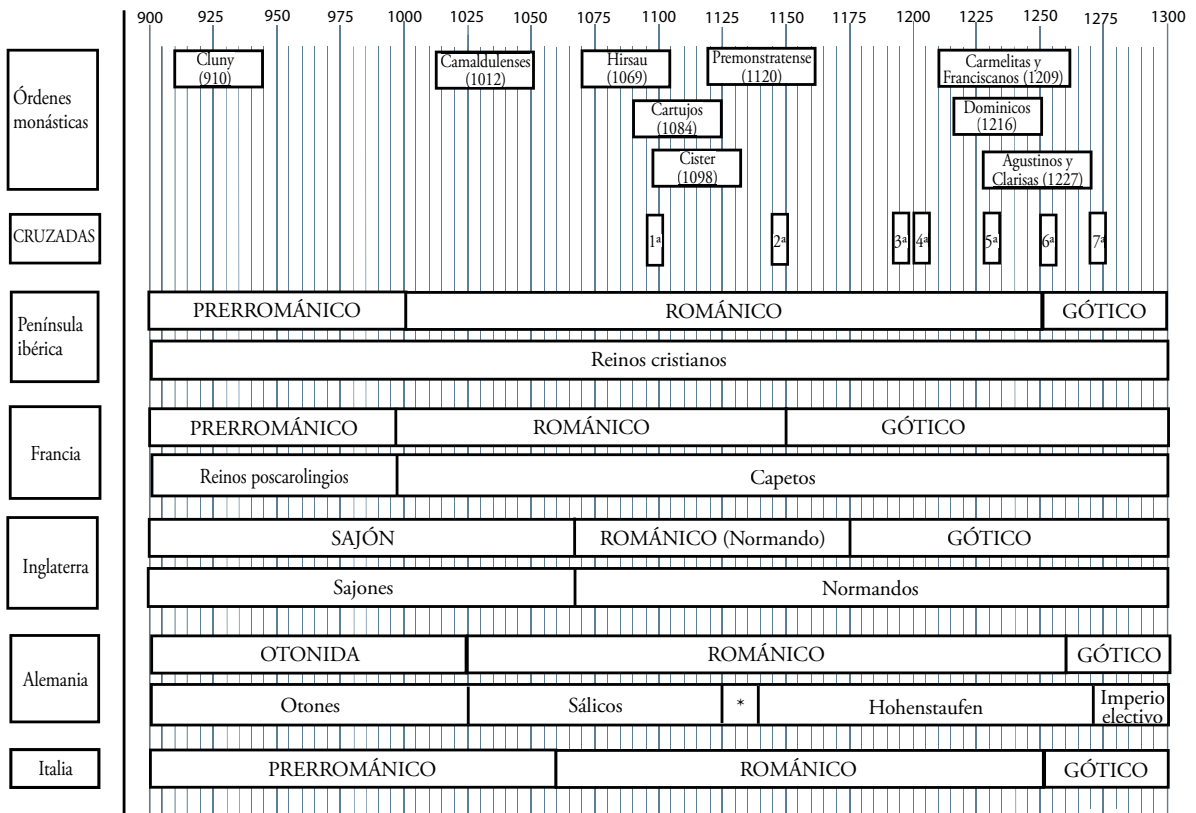
gularidades. No discutiremos, aunque sea discutible, si la arquitectura carolingia y otoniana, vista en el anterior volumen de la Edad Media, es un primer románico o románico temprano, y nos centraremos en el etiquetado por algunos autores como *románico maduro*, desde el siglo XI hasta mediados del XII en que aparecen brotes del nuevo paradigma gótico, aunque podemos encontrar modelos románicos hasta el siglo XIV. El término románico, acuñado en 1823 al considerarse un resurgir del arte romano, se olvida de que el paradigma que lo forma surge de una evolución, un crisol complejo de estilos locales bárbaros con algún elemento oriental.

2. Aspectos generales del arte. En este apartado se destacan las principales peculiaridades formales que caracterizan la arquitectura y otras artes relacionadas con ella.

3. Diccionario de términos. Aquí aparecen, ordenados alfabéticamente, los principales elementos arquitectónicos, los más característicos y su relación con el conjunto constructivo. Apuntamos elementos clave: la iglesia, la peregrinación y la abadía. El libro tiene una innegable parte visual que nos ayuda a comprender el elemento arquitectónico estudiado, su importancia y su evolución. No se ha hecho especial hincapié en las definiciones formales, salvo en los casos de términos poco conocidos, aquí se destaca la realidad que hay tras el elemento, sus matices, su causa, su evolución y características. Esto nos hará disfrutar más cuando lo veamos en su marco real.

ROMÁNICO

EL MUNDO ROMÁNICO (SIGLOS X AL XIII)



* Lotario.

Las realidades geográficas que aquí aparecen: Alemania, Francia, Inglaterra o Italia, etc., son esbozos de una situación interna muy compleja, alejada de los actuales Estados. Sin embargo, se han utilizado aquí con el fin de ayudar a la comprensión de una situación global en comparación con la realidad presente. En estos bocetos de realidades geopolíticas, la fila superior indica los movimientos arquitectónicos y la inferior realidades políticas, como se ha indicado, matizables. Así en la península ibérica se señala «Reinos cristianos» pues es en estos territorios donde se desarrolla el Románico, lo que no obsta para entender que la realidad era más compleja, Califato, reinos de taifas e imperios norteafricanos, entre otros.

Marco espaciotemporal

El siglo x asiste, en buena parte de Europa, a una paulatina recuperación del comercio, de las ciudades y de la población. Se hace además de manera simultánea a una disminución de las dramáticas invasiones y epidemias que atemorizaron y asolaron una sociedad excesivamente ruralizada, hechos que definieron la denominada Alta Edad Media. Sin poder plantear un modelo único o una evolución extensible a toda Europa, entre el siglo x y los inicios del XIII, margen cronológico en el que se desarrolla el arte románico, cambia la tendencia en los ámbitos citados y se puede hablar hasta de cierta estabilidad política, lo que generará los pilares necesarios para que siglos después se vayan forjando los futuros «estados nacionales».

La política se mueve con una velocidad que, desde nuestro punto de vista, es vertiginosa. La caída de Roma provocó un giro del centro de poder, que va a comenzar a desplazarse al norte de los Alpes. Con el mundo carolingio el protagonismo de estas zonas consideradas periféricas por el mundo romano irá en aumento. El dominio «del norte» —los emperadores alemanes, los normandos, etc.— se extendió por el resto de Europa. Solo en el siglo XI las grandes ciudades de Lombardía lograrían cierta independencia. Los normandos se van a establecer en el continente, en Inglaterra, en el sur de Italia y Sicilia. Junto con estos acontecimientos el

proselitismo de los misioneros incorporará nuevas áreas para el cristianismo en los países escandinavos y entre los pueblos eslavos y los magiares. A ello se va a unir el enfrentamiento con el islam durante las Cruzadas, desde el año 1096 hasta 1207, que producirá un contacto más directo entre ambos mundos culturales, circunstancia que se daba ya de modo continuo en la península ibérica.

Durante esta plena Edad Media se consolidan, por una parte, el sistema feudal y, por otra, una alianza entre dos poderes que definirá buena parte de la política occidental a partir de ese momento: el poder temporal (señores feudales, nobles y reyes) y el poder religioso (clero secular y regular), aspecto que se gestó ya en el mundo romano con el emperador Constantino y la Iglesia y que se mantuvo con la coronación de Carlomagno por el papa León VIII en el año 800. Pese a la fragmentación política, hay elementos comunes en todo este mundo cristiano: el predominio de la nobleza y el clero, la aparición de los burgueses y el lugar que ocupan los campesinos, que constituyen la mayoría de la población. La estructura eclesiástica se afianza con una red de diócesis y parroquias y con el florecimiento de los monasterios, que no serán ya elementos aislados entre sí, sino coordinados por una poderosa organización centralizada inicialmente en Cluny.

Es una sociedad profundamente religiosa, lo cual no significa un cumplimiento celoso de los principios morales establecidos por las jerarquías

eclesiásticas. La influencia de estas está presente en todos los ámbitos del hombre medieval, desde su quehacer diario hasta sus expectativas ultraterrenas, pasando por las relaciones con el poder y el acatamiento del destino de cada uno.

Esta presencia abrumadora de la Iglesia hará que su connivencia con el poder sea efectiva y beneficiosa para los que se sitúan en la cúspide de la tradicional pirámide feudal. La Iglesia refuerza los vínculos entre vasallo y señor, entre campesino y noble, confiriéndoles además una naturaleza sacra al mostrar que esa relación existe como manifestación de la voluntad de Dios y como instrumento para que esta se cumpla. En sus argumentos no ve necesario recordar que ella, la propia Iglesia, además de poder espiritual, es en sí poder temporal al ser sus jerarcas —abades y obispos— señores feudales con ejércitos propios y con relaciones vasalláticas similares a las que pueda tener un noble laico con los campesinos adscritos a sus tierras.

Esta alianza, en ocasiones, está próxima a romperse cuando chocan intereses o pelagra la división de sus áreas de influencia. Así ocurrió con la denominada «guerra de las investiduras», resultado de la injerencia de los poderes temporales a la hora de elegir a los titulares de las poderosas e influyentes abadías y obispados. La guerra concluirá con el triunfo del papado, que asumirá, al menos temporalmente, la capacidad de elegir y nombrar a esos «príncipes de la Iglesia». La arquitectura desempeñará en este enfrentamiento un papel simbólico: Cluny III frente a la catedral imperial salia de Spira.

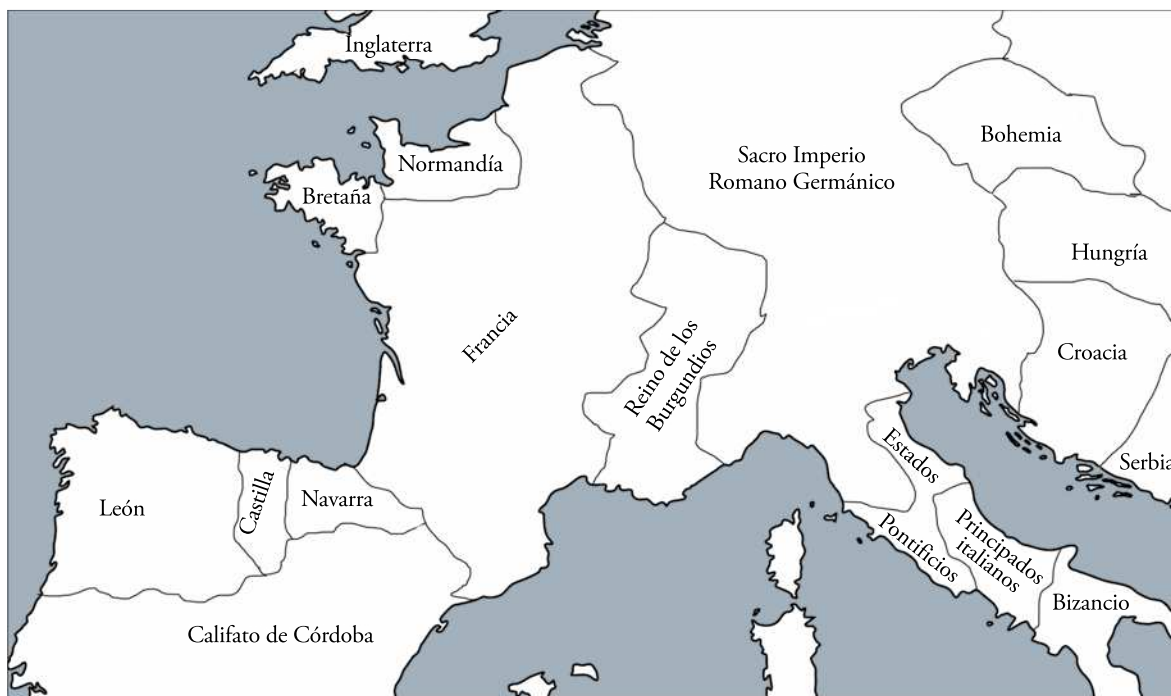
Una figura esencial será Gregorio VII, pontífice entre 1073 y 1085, artífice de uno de los esfuerzos centralizadoras más consolidados de la Iglesia católica, que contará para ello con la ayuda inestimable de los denominados «monjes negros» de la orden cluniacense. Su acción, apoyada en la mayor parte de los casos por los monarcas, se extenderá por toda Europa al tiempo que el asentamiento de esa orden religiosa derivará en la proliferación de modelos arquitectóni-

cos inspirados en la sede matricial de Cluny. Esta circunstancia permite asociar la difusión cluniacense con la expansión del arte románico por ser este el lenguaje asumido por esta poderosa orden.

Otro fenómeno que tendrá un claro reflejo en la arquitectura y en el arte será la consolidación de las grandes rutas de peregrinación. Junto a las tres supranacionales (Roma, Santiago de Compostela y Tierra Santa), siempre hay que considerar las de alcance regional o local. En cualquier caso, además del aspecto religioso o espiritual, representan un factor dinamizador de los territorios que las atraviesan. El movimiento de miles de individuos genera un considerable flujo, por una parte, de recursos y de dinero, pero, por otra, de ideas y formas artísticas que revertirá en un proceso constructivo unificador. Tanto autoridades espirituales como temporales serán conscientes de la necesidad de controlar y facilitar estos tránsitos. Ejemplo de ello es la publicación del *Codex Calixtinus*, del siglo XII, auténtica guía para el peregrino de la ruta jacobea, prologado por el papa Calixto II.

Es en este contexto en el que se desarrolla para muchos el primer llamado «arte internacional», el románico. Debe objetarse a esta calificación el excesivo reduccionismo de «internacional», dado que el románico no salió de los límites del continente europeo, e incluso en muchos de sus territorios no hizo acto de presencia. Sin embargo, sí es cierto que puede hablarse de un lenguaje formal y de una concepción afín que superan los regionalismos de las centurias precedentes.

Como otros términos que definen los estilos arquitectónicos, el concepto «románico» se origina en los estudios de historiadores del siglo XVI en adelante: Philibert de l'Orme, John Sell Cotman, Gervais de La Rue, Charles de Gerville y Arcisse de Caumont, entre otros, serán los que contribuyan al nacimiento de este vocablo, que se generalizó desde mediados del siglo XIX, desplazando a otros términos como «arquitectura lombarda», «sajona», «an-



El mundo románico alrededor del año 950.

glonormanda», etc. En cualquier caso, una definición estricta, como se ha indicado, es lógicamente reduccionista, ya que abarca un espacio y un tiempo enormes en los que se desarrollan múltiples singularidades que contradicen ciertos aspectos genéricos.

El término «románico», vinculado al desarrollo coetáneo de las lenguas romances, es decir, aquellas que tienen como fuente común el latín, parece evidenciar una deuda contraída con el mundo romano. Siglos más tarde, esta filiación quedaría subrayada cuando peyorativamente el sucesor del «lenguaje románico», el gótico, fuera asociado al mundo «de los godos», oponiendo así lo romano con lo germano o bárbaro.

Como en nuestras anteriores obras, admitiremos las fechas consideradas «canónicas» del siglo X al XIII, sin mayor discusión, sabiendo que son una convención más, que no superan un estudio exhaus-

tivo y a las que cabe oponer múltiples singularidades. Preferimos por ello hablar de un mundo románico que se mueve de una manera más flexible, casi «líquida», con muchas construcciones anteriores al siglo X y otras tantas posteriores al siglo XIII que pueden considerarse influidas o en la órbita del románico. Su extensión espacial es igualmente difusa. Predomina en la Europa occidental con las principales áreas, desde las islas Británicas y la península ibérica hasta el Sacro Imperio Romano Germánico y desde Escandinavia hasta Sicilia, pero también se da en zonas limítrofes, los países eslavos como Polonia, Eslovaquia, Bohemia, Moravia, Hungría o Eslovenia, pues la zona balcánica y Rusia quedan bajo la influencia del mundo bizantino.

Sea como fuere, lo cierto es que el románico no puede entenderse como un arte que surge de la nada, que rompe con su pasado inmediato. En rea-

lidad, es todo lo contrario. En su formación se vislumbra la huella de diferentes fuentes, que legaron no solo elementos estructurales o formales sino también concepciones del edificio y de la obra de arte como tal.

Entre estas herencias se puede destacar la ya citada presencia de la Roma clásica, de la que absorberá, entre otros, el aprecio por la simetría y la geometría, aparejos, formas figurativas y elementos tan esenciales y definitorios del románico como el arco de medio punto y la bóveda de cañón. Del mundo bizantino asumirá los sistemas cupuliformes con su repertorio formal, trompas y pechinas, así como las complejas compilaciones iconográficas y su forma de representación. Del arte paleocristiano hará suyo el valor didáctico y simbólico de las imágenes. El mundo germánico aporta la tendencia a la abstracción y las formas ornamentales. Finalmente, del islam también se adoptarán elementos formales como los arcos, las cúpulas o los motivos decorativos.

De esta manera, entre los siglos X y XIII, conviviendo ya sea con el arte bárbaro, el prerrománico o el gótico, se extiende un lenguaje uniforme que no cierra las puertas a tradiciones locales y regionales, pero que sí evidencia un conjunto claro de elementos comunes.

Aspectos generales del arte

El románico es un arte esencialmente arquitectónico desde el momento en que otras manifestaciones (pintura o escultura) nacen y se conciben para quedar insertas en una edificación determinada. Un rasgo esencial de las artes figurativas es la denominada «adaptación al marco», que refleja esa dependencia del pintor o escultor a la hora de concebir, diseñar y distribuir sus escenas o conjuntos en el específico espacio que le hayan asignado.

Como consecuencia de la relevancia de la Iglesia, predomina la arquitectura religiosa: monasterios,

abadías, catedrales, iglesias y capillas jalonan caminos y rutas de peregrinación, se alzan al ritmo del propio crecimiento de las ciudades y se yerguen poderosos en el medio rural. Por supuesto, también hay una arquitectura civil centrada en responder a las demandas de los señores feudales. Se construyen palacios y recintos amurallados que serán renovados, ampliados e incluso derribados en siglos posteriores, perdiendo en muchos casos su identidad románica.

En cualquiera de los casos, el aspecto que ofrecen los edificios de este periodo es de una gran robustez, con predominio del muro sobre el vano, lo que les confiere incluso una apariencia defensiva. Tradicionalmente, esta subordinación al hueco se explicaba como respuesta a un deseo de ofrecer un espacio de recogimiento, propiciatorio para la oración y la unión íntima entre Dios y el fiel cristiano. En realidad, la razón es de carácter técnico: no hay opción constructiva que permita abrir grandes vanos y, además, las pesadas techumbres de piedra requieren muros gruesos, sustentados por soberbias columnas y pilares.

La pared dominante es la de doble sillería, con un relleno entre los lienzos de ripio, mampostería o cualquier elemento que sirviera para completar ese espacio aumentando su solidez. A este elemento le acompañan pilares regulares o cruciformes con columnas adosadas, encargadas estas de recoger las fuerzas generadas por los arcos que sostienen la cubierta: los formeros y los fajones. Para contrarrestar el empuje, en el exterior los muros son reforzados mediante contrafuertes o estribos.

El arco más característico, dominante pero no exclusivo, es el de medio punto, aunque en su intradós puede encontrarse un segundo arco, dando lugar al denominado «arco doblado». Conforme van evolucionando el románico y los regionalismos, se pueden encontrar arcos singulares, apuntados o, incluso, lobulados de clara inspiración islámica.

En cuanto a la cubierta, si bien se mantienen las de madera, se iniciará la tendencia al abovedado de



El mundo románico alrededor del año 1050.

piedra, y entonces la bóveda de cañón será la más empleada. La estructura la completarán los arcos fajones, los dispuestos transversalmente al eje de la nave, y los formeros, paralelos al eje central. Este tipo de cascarón se extiende preferentemente a lo largo de la nave central. Por su parte, tanto en las naves laterales como en las tribunas se opta por una bóveda de arista, resultante del cruce o choque de dos bóvedas de cañón. Por último, ábsides y capillas suelen cubrirse con bóvedas de horno o de cuarto de esfera.

En los tramos cuadrados, tales como el crucero, se alza la cúpula sobre tambor, apoyada bien sobre trompas, bien sobre pechinas. Estas estructuras dan lugar a los cimborrios o torres, ostensiblemente visibles desde el exterior.

Como se ha indicado al inicio de este epígrafe, el edificio es el marco espacial en donde se desarro-

llan las otras grandes artes. De esta forma, canchillos, capiteles, fustes, molduras, muros o portadas se llenan de representaciones pictóricas o escultóricas con motivos geométricos, vegetales, figurativos y/o historiados.

Uno de los aspectos más característicos es la disposición de la forma del edificio. La construcción puede definirse por la acumulación de elementos estructurales, que es posible reducir a una forma geométrica simple y que tienen las cubiertas con su propio techo, generalmente a dos aguas. El conjunto de elementos forma un todo articulado.

El templo románico aparece como manifestación de la armonía y del cosmos que domina la creación de Dios, razón por la cual queda sometido a los principios de la geometría y la proporcionalidad. Aunque no debe confundirse con el virtuoso planteamiento de los órdenes clásicos, definidos por

un sistema modular canónico, aquí los módulos tomados como referencia también determinan las dimensiones y las relaciones numéricas entre los diferentes elementos de las grandes catedrales y abadías. El ser humano, a través del maestro cantero y de las cuadrillas móviles de artesanos, se convierte en artífice y ejecutor de una obra que es algo más que un espacio donde celebrar oficios litúrgicos y ocasionalmente asambleas civiles. La iglesia se convierte así en un espacio sagrado, en un reducto de paz y sosiego. Prueba de ello es la inmunidad de la que goza aquel que, violando una ley temporal, dictada por hombres, se refugia en su interior, en «sagrado».

El esquema de este espacio se repite frecuentemente en toda la cristiandad europea, si bien, al tratarse de un elemento vivo que crece al tiempo que lo hace la comunidad en la que se ha alzado, sufre importantes variaciones que, en muchas ocasiones, dificultan no solo la percepción de su trazado original sino también esa armonía y esa proporcionalidad de las que se ha hablado. Muchos edificios se vieron mutilados, cortados o derruidos en parte con el correr del tiempo y la llegada de nuevas construcciones o ampliaciones, como, por ejemplo, la Catedral Vieja de Salamanca.

La planta más cotidiana será la basilical, en la que poco a poco irá adquiriendo protagonismo el transepto, lo que derivará en una planta de cruz latina. Al mismo tiempo, coexisten las iglesias de planta centralizada, preferentemente poligonales.

Siguiendo una larga tradición, originada en la basílica paleocristiana y, por tanto, en la romana pagana, se opta por un número impar de naves, de las cuales la central es más ancha y alta que las laterales, lo que habilita un espacio que puede ser ocupado por ventanas, responsables de proporcionar luz al interior. El transepto, brazo transversal que corta el sentido de la nave principal, también puede contar con un número impar de naves (central y laterales). De igual manera, tanto en las naves laterales como en el transepto pueden abrirse capillas y ábsides.

La iglesia se orienta hacia el este, donde se sitúa la cabecera, mientras que la portada y/o fachada ocuparía el oeste. El «camino del creyente», hacia Dios, en el altar, se mantiene como en el mundo paleocristiano.

La cabecera repite el esquema del primitivo mundo de los albores del cristianismo en Occidente, con un presbiterio determinado por el altar con o sin dosel, con el banco corrido y la cátedra, y situado sobre una cripta. Esta cabecera puede contar con un ábside central, el del altar principal, alineado con la nave central, que al exterior muestra un esquema semicircular, con dos ábsides laterales, culminación de las naves que flanquean la principal. Estos ábsides pueden ser igualmente semicirculares o ver reducido su desarrollo a un cuarto de esfera. En los conjuntos más complejos, pueden abrirse pequeños ábsides, los absidiolos, a esos tres elementos descritos.

Sobre el crucero, espacio en donde coinciden la nave transepto y nave central, se levanta sobre pechinas o trompas el cimborrio o torre, octogonal o cuadrada, realzada mediante un tambor.

Respecto a los accesos al templo, el prioritario es el que se abre a los pies y, por tanto, a Occidente. Ocasionalmente, pueden abrirse otros accesos en los laterales. La fachada queda constituida por la portada propiamente dicha, sobre la que puede abrirse un rosetón en el lienzo de muro, y puede estar flanqueada por torres, modelo inspirado en el «macizo occidental» prerrománico.

La portada muestra un esquema abocinado, es decir, se abre conforme salimos del templo. Cuenta con los siguientes elementos: arquivoltas (arcos concéntricos de medio punto con decoración radial) situadas sobre el tímpano (cuerpo semicircular delimitado por la primera arquivolta y el dintel de la puerta y que presenta decoración esculpida en un solo espacio o registro), jambas (columnas con o sin estatuas sobre las que descansan las arquivoltas) y parteluz o mainel (elemento vertical, columna con o sin estatua, que divide la luz de la puerta en dos).



El mundo románico alrededor del año 1150.

A medida que se vayan asentando las peregrinaciones, se repetirá un modelo de iglesia, precisamente denominado «iglesia de peregrinación», caracterizada por dos elementos propios: la tribuna y la girola o deambulatorio. No obstante, hay templos en plenas rutas que no cuentan con alguno de estos dos elementos y, al mismo tiempo, sí pueden aparecer en iglesias muy alejadas de las principales vías de peregrinación.

La tribuna es una galería cubierta situada encima de las naves laterales y que mediante una arquería se abre a la nave central. Suele estar coronada por bóvedas de arista y su principal función, además de cobijar a más fieles, es la de desviar el peso de la cubierta hacia los laterales.

Por su parte, la girola o deambulatorio es la prolongación de las naves laterales por detrás del altar. Su función es facilitar los ritos específicos de pere-

grinación sin perturbar la liturgia que pueda estar oficiándose en el altar.

Finalmente, como elemento característico de monasterios y abadías se encuentra el claustro. Se trata de un patio descubierto en el centro y rodeado por unas galerías cubiertas sustentadas sobre columnas apoyadas en un podio.

Como ya se ha indicado, la arquitectura románica es la culminación de un largo proceso de pruebas que suponen los estilos bárbaros y prerrománicos, a los que se incorporan influencias bizantinas y orientales que se reciben a través de Italia y España y, posteriormente, por el contacto directo de los cruzados con las culturas del Mediterráneo oriental.

En este estilo, que ha sido, como ya hemos indicado, denominado «primer estilo internacional», tras la caída del clasicismo, se incluyen paradójicamente aspectos singulares locales, como el uso de

materiales propios del lugar, diferentes soluciones estructurales al equilibrio de los edificios, diversidad de planos, aportación de técnicas novedosas, etc. Cada zona contribuirá con su singularidad y sus soluciones. La dimensión internacional nace de la unidad del sentimiento religioso cristiano y de las grandes peregrinaciones que ponen en contacto a sus fieles.

Si bien hay un repertorio formal que se repite en gran parte de Europa, no es menos cierto que puede hablarse de regionalismos que singularizan las construcciones de cada país. A continuación se presentan algunas de esas peculiaridades. Las áreas aquí mencionadas son en su mayoría realidades políticas en la actualidad, y por ello las utilizaremos para facilitar la ubicación del lector; pero bajo este manto de unidad ficticia se oculta una profunda división interna de ducados, condados, reinos y otras realidades políticas. Otras zonas se identifican con la realidad geográfica, como la península ibérica, Escandinavia o las islas Británicas. En cualquier caso, las zonas mencionadas no deben hacernos olvidar las contribuciones de otras «pequeñas naciones»: Bélgica, Países Bajos, Suiza, etc.

El románico en Francia

La gran diversidad del románico francés, sin embargo, no debe cuestionar dos elementos comunes: Cluny y las peregrinaciones. Ciertamente es que la dinámica regional y la presencia de episcopados, ducados y condados diversos conducirán a una multiplicidad de fórmulas arquitectónicas. Aceptando esto, no es menos cierto que la presencia del monasterio de Cluny, su constante crecimiento, su poderío económico, su protagonismo político, sus apoyos regio y nobiliarios y las iniciativas de algunos de sus abades harán de este centro algo más que un monasterio y lo acercarán a la idea de un reflejo de la Jerusalén celestial por su monumentalidad y riqueza. Sus soluciones arquitectónicas se difundirán

acompañando a las fundaciones de nuevos centros monásticos sometidos a la sede matricial. La inquina con la que fue asaltada durante la Revolución francesa solo puede entenderse como el ataque a su poder hegemónico. Al mismo tiempo, la proliferación de santos en suelo francés, el valor concedido a las reliquias y la capacidad de atracción de estas por sus poderes explican el espectacular crecimiento de las peregrinaciones que tienen en el Camino de Santiago el colofón a las numerosas rutas regionales.

Obviamente **Borgoña** será la región más marcada por el modelo cluniacense al ser el espacio geográfico en donde se asienta. La abadía benedictina de Cluny fue fundada a principios del siglo x por Guillermo I de Aquitania. A mediados de esa centuria (948) ya se habla de Cluny II para hacer referencia a la primera gran ampliación, que ofrece un templo de planta longitudinal de tres naves con marcado transepto y una importante proliferación de ábsides en la cabecera. El abad Hugo será el responsable de Cluny III (1089), momento en el que alcanza la máxima espectacularidad, hasta el punto de hacer sombra a San Pedro de Roma: cinco naves, transepto con idéntica anchura a la de la nave central, once tramos cubiertos con bóveda de cañón con sus correspondientes arcos fajones, arcadas ojivales, triforio ciego e hilera de ventanas y torre cuadrada sobre la cúpula que corona el crucero, dotado de una pequeña galería ciega, son algunos de los elementos que contribuyeron a que durante siglos la abadía de Cluny se mostrase como uno de los centros más monumentales de la cristiandad occidental. La presencia de la luz y la rica decoración completaban una visión que sufrió las críticas de la reforma liderada por Bernardo de Claraval y que conduciría a la estética cisterciense, evidentemente más sobria y austera.

Hacia 1120, el obispo Étienne de Bagé acomete la construcción, sobre un antiguo edificio del siglo ix, de la iglesia de Saint-Lazare de Autun. Obispo e iglesia serán fieles continuadores de la reforma clu-



El mundo románico alrededor del año 1250.

niacense. La gran nave central está presidida por unos imponentes pilares estriados que sirven como apoyo a los arcos fajones y que delimitan los arcos ojivales a través de los cuales se accede a la nave lateral. La ausencia de deambulatorio y de transepto debe entenderse como un deseo de reforzar la continuidad espacial. El triforio muestra tres vanos, de los cuales únicamente el central no es ciego.

Sainte-Madeleine de Vézelay llama la atención no solo por la alternancia cromática de las dovelas de sus arcos fajones, sino también por la presencia de una bóveda de arista en la nave central. La verticalidad de las columnas que sostienen esos arcos queda reducida por la presencia de una cornisa horizontal que separa además la arquería de un muro superior liso en el que se abre una sobria ventana con derrame.

En **Auvernia** la proximidad al punto de encuentro con la parte española del Camino Jacobeo con-

tribuyó a la propagación del modelo de «iglesia de peregrinación». Hacia 1050 se inician las obras de la Sainte-Foy, en Conques. En ella se cumplen los dos requisitos convencionales de este tipo de iglesias: presenta tribuna y deambulatorio cubierto con bóveda de arista. La nave central queda delimitada por unos pilares cruciformes que recogen los arcos fajones de una bóveda de cañón. Dos elementos más singularizan este templo: la amplia cripta que alberga las reliquias de santa Fe, martirizada como san Lorenzo, a la que está dedicada, y la torre octogonal, de dos pisos, sobre el crucero que refuerza los elementos verticales ya presentes en las dos torres que flanquean la fachada.

Saint-Sernin de Toulouse, que rivaliza con Santiago de Compostela como modelo que imitar, se empieza a alzar en 1080. Presenta cinco ábsides en la cabecera y una elevada torre sobre el crucero de



La península ibérica alrededor de los años 950.



La península ibérica alrededor de los años 1050.

cinco pisos rematados por una galería. El interior muestra los tradicionales arcos doblados sobre pilares cruciformes, arcos fajones y bóveda de cañón.

Completarían el repertorio de esta región la arcaizante Saint-Savin-sur-Gartempe, con su juego de columnas divisorias de las naves, y Notre-Dame-du-Port, en Clermont-Ferrand, con sus frisos ornamentales policromos exteriores.

En el occidente francés, en la región de **Aquitania**, proliferan iglesias en las que el protagonismo, por lo excepcional, recae en las cúpulas. Tradicionalmente, este elemento arquitectónico se ha relacionado con el mundo bizantino, si bien por proximidad geográfica parece más directa la huella veneciana. Así aparece en Saint-Pierre de Angulema, comenzada hacia 1120 y que muestra un interior definido por una hilera de cúpulas sobre pechinas. Aún más evidente es la impronta veneciana en la renovación de la incendiada iglesia de Saint-Front de Périgueux, en donde se alzó un gran edificio de planta de cruz griega cubierto con cinco cúpulas que recuerda a San Marcos de Venecia.

Por su parte, en **Provenza**, templos como Saint-Gilles-du-Gard o San Trófimo de Arlés muestran en sus fachadas la pervivencia del clasicismo a través de los frisos escultóricos colocados en bandas horizontales, la presencia de columnas apoyadas en paramentos y los remates frontales. A esta huella habría que

añadir la lombarda y musulmana, visibles en la alternancia cromática en las dovelas de los arcos. Son, además, iglesias que, a diferencia de las analizadas, parecen reforzar la igualdad de altura de las naves.

Finalmente, en **Normandía**, el afán constructivo arranca en la década de los sesenta del siglo XI con dos figuras como protagonistas: Guillermo el Conquistador y su mujer, Matilde. En Caen, se alzan Saint-Étienne y Sainte-Trinité. En ambas, es muy característica la monumental fachada con la presencia imponente de las dos esbeltas torres que parecen constreñir el cuerpo central, horadado en ambos casos por dos hileras de ventanales superpuestos y rematados por un frontón. Igualmente, original es la presencia en las naves centrales de sendas bóvedas nervadas, sexpartitas, levantadas ya en el primer cuarto del siglo XII.

El románico en Italia

El caso italiano es aún más peculiar. La península, durante los siglos en los que se extiende el románico, se encontraba dividida en numerosas regiones inmersas en conflictos internos (el creciente poder de los *comuni* o ciudades) o en la dilatada lucha entre los partidarios del poder papal (güelfos) o y los del emperador (gibelinos).